



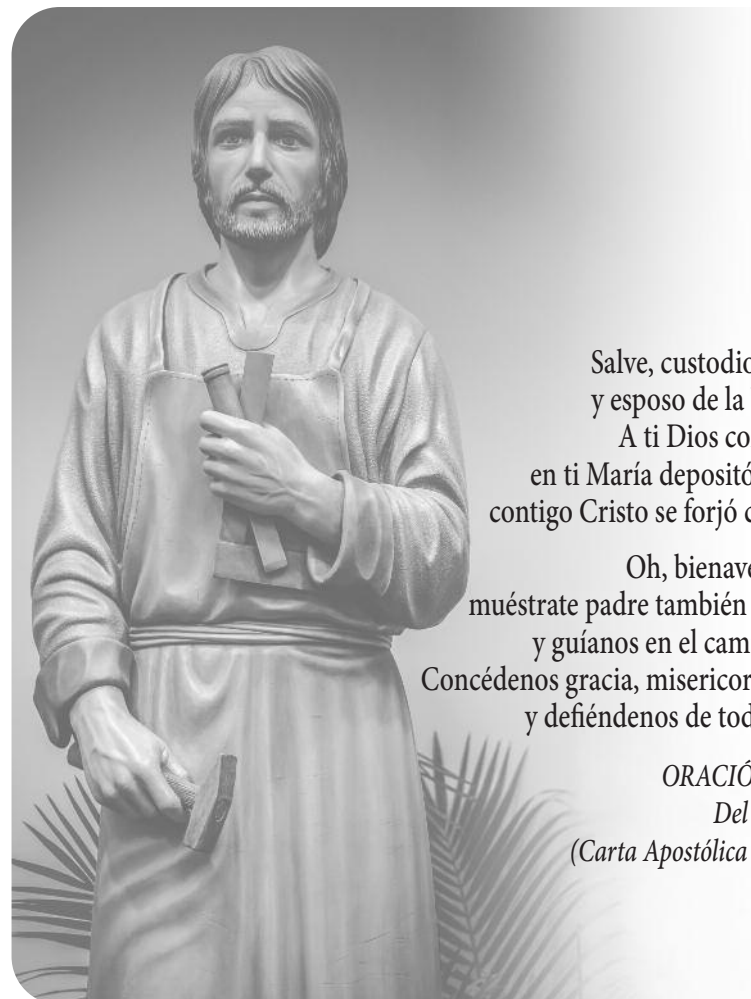
José no es un hombre que se resigna pasivamente. Es un protagonista valiente y fuerte. La acogida es un modo por el que se manifiesta en nuestra vida el don de la fortaleza que nos viene del Espíritu Santo. Sólo el Señor puede darnos la fuerza para acoger la vida tal como es, para hacer sitio incluso a esa parte contradictoria, inesperada y decepcionante de la existencia [...]. La vida de cada uno de nosotros puede comenzar de nuevo milagrosamente si encontramos la valentía para vivirla según lo que nos dice el Evangelio. Y no importa si ahora todo parece haber tomado un rumbo equivocado ni si algunas cuestiones son irreversibles. Dios puede hacer que las flores broten entre las rocas.

*Francisco, Patris corde, 4*

Me propongo llevar a la oración todo aquello que creo se me escapa de las manos, todo aquello que parece haber tomado un rumbo que no puedo controlar y se lo ofrezco al Señor para que, por intercesión de san José, lo encauce según su voluntad, sabiendo que Él hace nuevas todas las cosas.



## PEDID Y SE OS DARÁ



Salve, custodio del Redentor y esposo de la Virgen María. A ti Dios confió a su Hijo, en ti María depositó su confianza, contigo Cristo se forjó como hombre.

Oh, bienaventurado José, muéstrate padre también para nosotros y guíanos en el camino de la vida. Concédenos gracia, misericordia y valentía, y defiéndonos de todo mal. Amén.

ORACIÓN A SAN JOSÉ  
Del Papa Francisco  
(Carta Apostólica "Patris Corde")



Delegación de Jóvenes  
ARZOBISPADO DE MADRID



Secretariado de  
Pastoral Vocacional



**Lc 2, 22-39**

Quando se cumplieron los días de su purificación, según la ley de Moisés, lo llevaron a Jerusalén para presentarlo al Señor, de acuerdo con lo escrito en la ley del Señor: «Todo varón primogénito será consagrado al Señor», y para entregar la oblación, como dice la ley del Señor: «un par de tórtolas o dos pichones». Había entonces en Jerusalén un hombre llamado Simeón, hombre justo y piadoso, que aguardaba el consuelo de Israel; y el Espíritu Santo estaba con él. Le había sido revelado por el Espíritu Santo que no vería la muerte antes de ver al Mesías del Señor. Impulsado por el Espíritu, fue al templo. Y cuando entraban con el niño Jesús sus padres para cumplir con él lo acostumbrado según la ley, Simeón lo tomó en brazos y bendijo a Dios diciendo: «Ahora, Señor, según tu promesa, | puedes dejar a tu siervo irse en paz. Porque mis ojos han visto a tu Salvador, a quien has presentado ante todos los pueblos: luz para alumbrar a las naciones | y gloria de tu pueblo Israel». Su padre y su madre estaban admirados por lo que se decía del niño. Simeón lo bendijo y dijo a María, su madre: «Este ha sido puesto para que muchos

en Israel caigan y se levanten; y será como un signo de contradicción —y a ti misma una espada te traspasará el alma—, para que se pongan de manifiesto los pensamientos de muchos corazones». Había también una profetisa, Ana, hija de Fanuel, de la tribu de Aser, ya muy avanzada en años. De joven había vivido siete años casada, y luego viuda hasta los ochenta y cuatro; no se apartaba del templo, sirviendo a Dios con ayunos y oraciones noche y día. Presentándose en aquel momento, alababa también a Dios y hablaba del niño a todos los que aguardaban la liberación de Jerusalén. Y, cuando cumplieron todo lo que prescribía la ley del Señor, se volvieron a Galilea, a su ciudad de Nazaret.



*Como María y José, ¿estoy admirado por Jesús?*

*Te ruego, Señor, que imitando a San José, mi vida siempre esté a tu servicio.*



Tal vez suene contradictorio, pero lo que mejor me preparó para la maternidad fue la vida conventual. El Señor me regaló vivir 12 años en su casa. Durante ese tiempo descubrí y saboreé lo que es vivir en Nazaret: el recogimiento y la sencillez, el valor de lo cotidiano, la confianza en la Providencia, la oración silenciosa, la vida sin brillo aparente...

Un tiempo después de mi salida del convento Dios, que sigue cuidándome con mimo, puso en mi camino un hombre bueno con el que formar una familia. Tras unos años inmersa en el ruido y las carreras del estudio y el trabajo, llegó nuestra primera hija, Anezka. Pude dejarlo todo para ser esposa y madre a tiempo completo y descubrí, con un gozo inmenso, que volvía a disfrutar

de la vida oculta de Nazaret, envuelta de sencillez y cotidianidad. ¡No podía pedir más! Y entonces nos sorprendió la noticia de un nuevo embarazo, una alegría empañada por la preocupación, ya que los sangrados se sucedían sin dar tregua. Tiempos de reposo, visitas a urgencias... En la semana 23 se rompió la bolsa. Por encima del miedo y la angustia me encontré sostenida por una certeza: “ocurra lo que ocurra, Dios está conmigo”. Tras un mes de ingreso en reposo total, el 30 de abril llegó Clara, un milagro de apenas 1 kilo de peso, agarrada fuerte a la vida.

Si todo va bien, cuando leáis estas líneas estaremos por fin los cuatro en casa, empezando una nueva etapa de nuestras vidas. No quisiera olvidar lo que se me ha regalado en los últimos 8 meses: el amor de mi esposo, sosteniendo el peso de la familia, los rostros de médicos, enfermeras y capellanes que han cuidado de mí día a día, la oración de mucha gente buena que me ha acompañado, la fortaleza de mis hijas... Y, por encima de todo, el Señor sosteniéndome en mi fragilidad, abrazando mi dolor y abriendo mis ojos al milagro de lo inesperado.

**“**  
**Ocurra lo que ocurra, Dios está conmigo.**

Laura Estrada Gómez-Acebo